

Judaísmo: semitismo y antisemitismo

Desde los años ochenta, se empareja más y más con la prosperidad material una sorprendente y recíproca intolerancia religiosa de las diversas denominaciones judías que ha llevado a considerables polarizaciones y tensiones. Cada denominación culpa de ello a las otras, pero ¿quién es el verdadero culpable?

Equipo de Acontecimiento.

Los diversos nacionalismos liberal-burgueses y las crisis económicas del siglo XIX favorecen el surgimiento de un movimiento antisemita a escala europea.

En Rusia, en Francia, en Centroeuropa, el nacionalismo liberal-burgués ruso culpa de sus propios males a los judíos, imputándoles incluso una «gran conspiración» para someter a Europa. De esa hostilidad proceden los pogromos, asaltos devastadores a los barrios judíos.

El movimiento antisemita estalla en Francia con el caso Dreyfus, capitán francés de religión judía acusado con falsas pruebas de crimen de alta traición.

El más feroz antisemitismo se produce con el ascenso al poder en 1933 del Partido Nacionalista (nazi), uno de cuyos puntos programáticos postulaba la eliminación sistemática del «problema judío» de la faz de la Tierra. Fecha clave de la persecución hitleriana es la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, la Noche de los Cristales Rotos (*Kristalnacht*), en que muchas sinagogas son destruidas, los judíos identificados con una estrella amarilla, confinados en guetos para aislar al «microbio judío», encarcelados. Sólo en el gueto de la Varsovia ocupada por los nazis mueren en 1941 más de 40.000 judíos. Los campos de exterminio de Auschwitz, Treblinka, Dachau, y tantos otros, los hornos crematorios, las cámaras de gas, y el absoluto menosprecio por la condición humana de los judíos serán rasgo básico del holocausto diseñado por Hitler.

La *Soah*: el Estado de Israel conmemora el genocidio nazi antijudío con la fiesta de Yom ha Soah, el 27 del mes Nisan.

Los juicios de Núrenberg

Finalizada la segunda Guerra mundial con la derrota nazi, los juicios de Núrenberg contra los criminales nazis se saldan con algunas condenas de los más destacados criminales nazis por delitos de lesa humanidad.

Todo eso produce sentimientos de culpabilidad en las potencias vencedoras de la segunda Guerra mundial, lo que acelera la creación del Estado de Israel en Palestina.

LA RELIGIÓN QUE HAY EN LAS RELIGIONES

El surgimiento del Estado de Israel

Primeros pasos del sionismo organizado.

El Congreso de Basilea

Frente al antisemitismo, el sionismo surge desde la parte judía sufridora, como reacción contra las persecuciones antijudías que estallan en Rusia en 1881.

El Congreso de Basilea (Suiza, 1897), donde diversas organizaciones judías buscan un lugar para fundar el hogar nacional judío, se cierra sin acuerdo, pues unos postulan el regreso de todo judío errante a una sola y misma tierra prometida, y otros no.

El último retorno a la tierra prometida

Mientras las masas judías están huyendo de Rusia, un grupo de jóvenes se traslada a Palestina en busca del hogar perdido y se resucita la lengua hebrea como idioma hablado. Poco a poco va llegando más gente, y en 1909 surge el primer kibutz o comunidad agrícola basada en la igualdad y en la propiedad colectiva; luego se multiplican.

La causa sionista recibe un gran espaldarazo en 1917 con la Declaración Balfour, en que los británicos prometen establecer un hogar nacional judío en Palestina, por entonces bajo su dominación.

En 1947, la Asamblea General de las Naciones Unidas cumple esa promesa y decide por 33 votos a favor, 13 en contra, y 10 abstenciones la partición de las tierras de Palestina en dos Estados, uno judío —el Estado *de Israel* independiente— y otro árabe. Elegida la *Knesset* (parlamento israelí), su primer acto será la promulgación de la «ley de retorno», en virtud de la cual todo judío puede convertirse en ciudadano israelí con tan sólo pedirlo.

A partir de ahora los judíos israelíes habrán de intentar convivir con los palestinos musulmanes que habitaban esa tierra desde hacía siglos. Dicha convivencia resultará hartamente difícil y conflictiva.

El permanente conflicto con los árabes

Los Estados árabes (Jordania, Egipto, Irak, Siria y Líbano) rechazan la resolución y la guerra estalla el día mismo de la fundación del Estado de Israel, durando del 15 de mayo de 1948 hasta el 24 de febrero de 1949. Los árabes bombardean Tel Aviv, sitian Jerusalén, y en plena guerra David Ben Gurión proclama la independencia del Estado de Israel. La nueva bandera, con dos franjas azules horizontales sobre fondo blanco, porta en el centro una estrella de seis puntas, el escudo de David.

Bajo esa bandera los conflictos bélicos se multiplican sin cesar, siendo la desproporción militar muy favorable a los judíos, que cuentan como aliados con los EEUU,

dados los intereses estratégicos y económicos de éstos en la zona. La contundencia de las represalias militares judías, yendo incluso más lejos de la ley del Talión judía que defiende «ojo por un ojo, diente por diente», ha llegado a propiciar el alzamiento de algunas voces judías contra la propia Israel, especialmente tras las sangrientas matanzas de Sabra y Chatila. He aquí algunos de los más fuertes conflictos habidos hasta la fecha: la guerra contra Egipto (1956) por la nacionalización egipcia del canal de Suez, vetando el ansiado acceso de Israel al mar; la guerra de los seis días (1967), con victoria relámpago del general Moshé Dayan sobre los árabes de la zona reunidos; la guerra del Yom-Kippur (1973), que comienza con un ataque por sorpresa de Egipto y Siria apoyados por la URSS, que bajo la mediación de Jimmy Carter (EEUU) concluye con el Acuerdo de Camp David; la invasión del Líbano (1982), enmascarada como «Operación de paz para Galilea», agresión llevada hasta Beirut, la capital del Líbano, y dirigida contra la OLP; las constantes y sangrientas luchas de la intifada.

Judeidad étnica y judaísmo religioso

Los judíos son en total veinte millones, de los cuales residen en los EEUU el 40%; apenas cinco en el Estado de Israel, en Europa más de un millón y medio, y en menor cantidad en Asia y África. A su vez, unos defienden la judeidad (*jewness*), lo étnico, y otros el judaísmo (*judaism*), lo religioso. Los más tradicionales desearían que las leyes del Estado estuvieran fundamentadas en la Torá religiosa; los más liberales, la separación entre religión y Estado en favor de un Estado laico no laicista, que permitiese las manifestaciones religiosas a título particular. No faltan las posiciones eclécticas. Esta es la voz de uno de los padres fundadores, Martin Buber: «El nacionalismo entusiasmo al pueblo y lo conduce a la lucha por su liberación, para suplir sus carencias. Pero cuando el nacionalismo traspone este límite, es decir, el límite que la curación de la enfermedad exige, entonces es atrapado y cae en la trampa de la soberbia, lo que es un signo patológico. Y entonces se vuelve opresor de otros pueblos. Un pueblo puede conseguir los derechos por los cuales luchó y, sin embargo, no lograr curarse de la enfermedad que lo aquejaba porque su nacionalismo, que ha sido tergiversado, lo está consumiendo. Este seudonacionalismo, es decir, ese nacionalismo que lucha y actúa ilegítimamente, fuera del límite que le ha sido asignado, desea imponerse por sobre otros pueblos, por sobre grupos de pueblos, y entonces esto significa que la humanidad toda está en peligro, y esto es lo que realmente sucede en la actualidad. El establecer los límites entre el nacionalismo

LA RELIGIÓN QUE HAY EN LAS RELIGIONES

legítimo y el ilegítimo y su continua y nueva delineación a través de un proceso de cambios y situaciones modificables, esa es la misión de una persona honesta».

En el actual Estado de Israel existe hoy un activísimo Ministerio para el culto, que registra los matrimonios celebrados por los rabinos, supervisa las escuelas, las instituciones y lugares sagrados judíos, mantiene relaciones con la diáspora, nombra a los magistrados rabínicos, organiza el culto, programa la construcción de sinagogas, y vigila el cumplimiento de las normas religiosas.

El rabino, jefe espiritual y maestro de la comunidad, tiene gran ascendencia, aunque no es sacerdote, ni ejerce ninguna función ritual, ni actúa como intermediario entre Dios y sus fieles. Generalmente formado en alguna Academia rabínica, es contratado por su comunidad en condiciones de libre elección por ambas partes.

Los rabinatos, extendidos por todo el mundo, tienen como autoridad suprema al Gran Rabinato de Jerusalén, compuesto por dos Colegios, uno de rito *askenazi*, de procedencia centroeuropea y más pudiente, y otro de rito *sefardí*, de procedencia mediterránea.

La sinagoga continúa siendo el centro de la vida comunal.

¿Futuro?

Pero el judaísmo no es una religión de solo pasado, sino que, por ser de un pasado fundante, es igualmente una religión para siempre, obviamente también para el futuro.

Ahora bien, si en todas las religiones se dan, desde luego, tensiones entre el ayer y el hoy, ¿cómo no habrían de darse en el judaísmo, si su hoy se ve asentado en una tierra, la prometida, ciertamente, pero precaria y tensionalmente, en guerra casi permanente con los mismos vecinos de hace tantos miles de años, obstinada memoria histórica que en esta zona del mundo no cede? Téngase en cuenta que:

— En primer lugar, en el actual Estado de Israel viven algo más de 4,5 millones de habitantes rodeados por una población árabe de 100 millones.

— Por otra parte, Israel no es en realidad el Estado de los judíos, pues a él pertenecen también no judíos: en 1989 —dejando aparte los territorios ocupados— el número de musulmanes ascendía al 14% y el de los cristianos al 2% de la población global.

— En tercer lugar, en sentido estricto el Estado de Israel no es el Estado del judaísmo como religión, sino el de los judíos en cuanto pueblo: muchos de los judíos de hoy no son creyentes: sólo un 25-30% de los judíos se confiesan «religiosos», si bien muchos «no religiosos» al

hablar de «religión» se refieren, probablemente, a la ortodoxia religiosa por ellos rechazada.

— En cuarto lugar, hay una mayoría de judíos que no desean vivir en el Estado de Israel: siempre hubo judíos no sionistas.

Todo esto se traduce en conflictos, que el rabino ortodoxo David Hartman ha descrito así: «De todas partes han venido judíos a su patria. Pero, una vez en casa, a donde por fin hemos vuelto, descubrimos que estamos realmente divididos. Podríamos llegar a preguntarnos: ¿Hemos sido alguna vez familia? El dicho “somos una misma cosa” se vuelve cuestionable en el momento en que el judío se encuentra con otro judío, y cada uno de nosotros se pregunta si realmente podemos entendernos. La más seria cuestión en Israel es si nuestras crónicas diferencias no podrían llevarnos hasta una guerra civil. Con frecuencia, no es la seguridad el problema más grave al que se alude en la prensa, sino si en Haifa va a circular el tranvía el sábado, o si va a haber cine el viernes en Petaj Tiqvá. El Gran Rabino de la ciudad, encarcelado por convocar una violenta demostración ilegal contra la apertura de un cine, pretende estar por encima de la ley del Estado porque habla en nombre de Dios. Cuatrocientos policías no pueden pasar el sábado con sus hijos porque tienen que ocuparse de impedir que los judíos luchen entre sí. A causa de controversias religiosas surgen resentimientos, cinismo, e intensa polarización entre hermanos que han vuelto a casa, después de tan largo tiempo de oraciones por el regreso del exilio».

Así pues, sobre todo, el judaísmo se encuentra fragmentado hacia el interior de sí mismo aunque exista en países diferentes, de ahí el serio temor por su identidad: «Desde los años ochenta, se empareja más y más con la prosperidad material una sorprendente y recíproca intolerancia religiosa de las diversas denominaciones judías que ha llevado a considerables polarizaciones y tensiones. Cada denominación culpa de ello a las otras, pero ¿quién es el verdadero culpable?

— ¿El judaísmo ortodoxo, tanto en USA como en Israel? De hecho, éste se resiste a reconocer la legitimidad de las sinagogas no ortodoxas, lo que pone en tela de juicio la validez de todos los matrimonios, rupturas matrimoniales, y conversiones realizados por rabinos conservadores o reformistas.

— ¿El judaísmo conservador? Para gran escándalo de los ortodoxos y contraviniendo toda la tradición judía, introdujo en 1983 la ordenación de rabinas.

— ¿El judaísmo reformador? No sólo ha reconocido la ordenación de mujeres, sino también la ascendencia judía por línea paterna: también los hijos de madres no judías, pero sí de padres judíos, deben ser considerados,

LA RELIGIÓN QUE HAY EN LAS RELIGIONES

según eso, como judíos; algo que los ortodoxos y los conservadores siguen rechazando de forma tajante.

¿Quién tiene razón? Según todos los implicados, en esta cuestión está en juego nada más y nada menos que la identidad del judaísmo: ¿quién es judío? ¿qué sinagoga es auténticamente judía? Al mismo tiempo, se teme que estos conflictos puedan llevar a un cisma casi irreparable en el judaísmo. La gravedad de la situación se pone de manifiesto en el hecho de que los dirigentes de las diversas denominaciones se reunieran en 1986 en Princeton para celebrar una conferencia sobre la siguiente cuestión: *Will there be one Jewish people by the year 2000?* (¿Existirá un único pueblo judío en el año 2000?).

A fin de escenificar este conflicto, Hans Küng ha escrito la siguiente ficción literaria que podría ayudarnos a entender mejor la tensión que acabamos de mostrar:

«El fundamentalista: En el fondo, vosotros los “modernos” progresistas habéis dejado de ser judíos auténticos. De tanto acomodaros al mundo moderno, habéis malversado toda sustancia religiosa. Defendéis un judaísmo que ha perdido su centro religioso: la milenaria fe en Dios y la elección del pueblo de Israel.

El secularista: ¿Y vosotros, presumidos devotos? En el fondo, vosotros habéis dejado de ser verdaderos hombres. A fuerza de concentraros en vuestra fe y en vuestras leyes, os habéis aislado por completo del mundo y de los hombres. Defendéis un judaísmo que se ha hecho ciego a la realidad y autosuficiente, y ha perdido así la simpatía de los hombres.

El fundamentalista: ¿Es que no os dais cuenta de que en vosotros, en lugar de la única religión verdadera, funciona una religión moderna sustitutoria? En vez de creer en Dios, a lo sumo tenéis fe en Israel. ¡Y vaya usted a saber lo que entendéis por Israel! Si tenéis una convicción común, ésa es la fijación en el holocausto, como si se pudiera abreviar de ese modo la larga historia de Dios con su pueblo. Naturalmente, nunca iríais al templo, aunque fuera

reconstruido para vosotros. Os bastan los monumentos laicos al holocausto; tenéis bastante con Yad wa-Sem. Allí celebráis el día que es para vosotros más importante que todos los demás; no el Yom Kippur, la reconciliación con Dios, sino el día de la *shoá*, la catástrofe de los hombres. Para eso no necesitáis ninguna acción litúrgica.

El secularista: Vosotros habláis así porque no tenéis una mentalidad moderna, vivís en la Edad Media y os habéis fabricado un sucedáneo de mundo. Aparentáis creer en Dios, pero, en el fondo, creéis en la Ley, a la que habéis convertido en vuestro Dios. Si tenéis alguna convicción que os una, es la de vuestro manifiesto legalismo, que desprecia todo progreso histórico. Por eso oráis con movimientos de cabeza en el muro de las lamentaciones al tiempo que mantenéis alejadas a las mujeres. Por eso celebráis con tanta unción el Yom Kippour, en el que suponéis que se os perdonan vuestros numerosos pecados.

El fundamentalista: Ya veo con claridad cuál es vuestro mal fundamental: esperáis poco de la Torá escrita, palabra de Dios, y hace tiempo que abandonásteis la Torá oral. ¡Ése es vuestro pecado radical! Sin embargo, os tenéis por buenos judíos porque os identificáis con la “historia” judía y con el Estado judío. ¿Es que no os dais cuenta de que reducís a la época moderna la plurimilenaria historia judeo-israelita y la convertís en medida de todas las cosas? Vosotros sois esclavos de una modernidad alejada de Dios, en vez de servir al Creador del cielo y de la tierra, Señor de la historia, observando los preceptos dados por Dios mismo.

El secularista: No, el pecado radical es el vuestro. Vosotros habéis olvidado muchísimas veces la Biblia, os habéis empantanado en la tradición, y pensáis que es buen judío el que puede citar para cada ocasión la Misná y el Talmud. De ese modo reducís nuestra historia a la Edad Media, que nunca parece querer terminar para vosotros. Habéis quedado prisioneros de vuestro pasado, en lugar de abrirnos a los nuevos desafíos del presente y a las posibilidades del futuro».